

LIBRO PRIMERO.

HISTORIA ANTIGUA.

SECCION PRIMERA.

PUEBLOS ANTIGUOS DE ORIENTE.

CAPITULO I.

EGIPTO.

I.—Antigüedad de la civilización egipcia.

HERODOTO, historiador griego, visitó en el siglo V antes de Jesucristo, el Egipto, ya célebre para aquella remota época entre los compatriotas del gran escritor. Diódoro y Estrabón, algunos siglos después lo estudiaron también, transmitiéndonos en sus escritos las condiciones geográficas, y las costumbres, los trajes y la religión de los habitantes de aquel país. Describen minuciosamente las inundaciones del Nilo y hasta las leyendas que privaban entre los personajes mas cultos. Pero todos estos historiadores y geógrafos conocieron la antigua civilización egipcia en plena decadencia. La expedición de los franceses á Egipto vino á marcar en la historia de este país una era nueva y á dar origen á la *arqueología*. Los sabios franceses que hicieron aquella expedición memorable contemplaron las pirámides, examinaron las tumbas, recogieron las reliquias conservadas por más de 3,000 años, desenterraron los obeliscos, los palacios y los templos de Tebas y de Menfis, y leyeron las inscripciones, descifrando los jeroglíficos.

Este último honor pertenece á Champollión, sabio francés, nacido en 1,790. Los jeroglíficos están escritos en *copto*, ó en un idioma muy parecido á éste, que era el que hablaban los egipcios en la época en que los conocieron los griegos y los romanos. El sabio, por una serie de comparaciones ingeniosas con otros idiomas, llegó á formar un alfabeto, que le permitió leer estos jeroglíficos. Otros muchos, entre ellos Mariette y Maspero, se entregaron á estos estudios, y fundaron con los objetos que extrajeron de las escavaciones practicadas en Egipto, el museo de Bulaq. Debido á los trabajos de estos arqueólogos, son tantos hoy los objetos de todas clases que se han reunido, tales como armas, telas, muebles, provisiones, etc., que es fácil formarse una idea cabal de las costumbres, organización política y social, religión y artes de aquel pueblo antiquísimo.

Desde entonces, todo lo que no estaba contenido en los relatos de Herodoto ha podido saberse, y aun mucho de lo que está contenido en ellos, ha podido ratificarse. Las estatuas, pinturas, é instrumentos que se encuentran en las tumbas, muestran la civilización de aquel pueblo, en una época en que todas las naciones después ilustres, hindúes, persas, griegos y romanos, permanecían sumidas en la barbarie. Desde esa época, 3,500 años antes de Jesucristo, los egipcios sabían cultivar la tierra, tejer telas, trabajar los metales, pintar, esculpir y escribir. Tienen un rey, gobierno bien organizado, una religión y un culto muy complicado.

Lo que muestra más claramente el grado superior de aquella civilización son las pirámides y las ruínas de *Menfis* y de *Tebas*. Las pirámides, situadas cerca de *Gizech*, á inmediaciones del *Cairo*, son tumbas de los reyes de la cuarta dinastía; la mayor, mandada edificar por *Keops*, mide 147 metros de alto y exigió el trabajo de 100,000 obreros, durante 30 años. Para elevar las piedras hasta esa altura se cree que construían calzadas de suave pendiente, que demolieron. *Menfis*, edificada por *Menés*, primer rey de Egipto, ocupaba un lugar muy próximo á la actual ciudad del *Cairo*, tanto que los habitantes de ésta empezaron, desde el siglo XIII, á coger las piedras de aquellas ruínas colosales para construir sus casas en la ciudad moderna. Las ruínas de Tebas, por el contrario, están aún patentes. Son inmensas; dos pueblos modernos, *Luqsor* y *Karnac*,

situados á media hora de distancia, están edificados en medio de esas ruinas. Ocupan doce quilómetros y se extienden por ambas márgenes del Nilo. Hay hileras de esfinges, aun intactas, y templos grandiosos que han sido reconstruídos idealmente. El mayor de estos templos debió ser el de *Ammón*, cuyo recinto presenta 2,300 metros de perímetro. Tebas fué durante 1,500 años la capital y la ciudad santa del Imperio.

II.—Gobierno y organización social.



El rey de Egipto, durante las 26 dinastías que duró el Imperio, era considerado como hijo del dios *Sol*, como la imagen de éste sobre la tierra. Los libros hebreos le llaman *Faraón*. Es dueño absoluto de los habitantes, á quienes manda según su antojo: tanto á los dignatarios y grandes señores de la corte, como á los guerreros, cultivadores, artesanos y comerciantes. Solo los sacerdotes, al adorarle como divinidad, le rodean, le vigilan, y en ocasiones llega el gran sacerdote de Ammón á tener más autoridad que el rey. El gobierno es una Teocracia.

Como en todos los imperios antiguos, el rey, los sacerdotes, los señores, los guerreros, eran los únicos propietarios; el resto de los habitantes no hacía más que trabajar para sus dueños; y como estaban sujetos á los caprichos del señor, en realidad todo el pueblo constituía un rebaño de esclavos. Los impuestos son cobrados de un modo brutal, sin compasión alguna; y el que no tiene para pagar lo que le exigen, lo atormentan hasta matarlo. Se conservan escritos, en que testigos presenciales relatan las iniquidades cometidas por los funcionarios y empleados del antiguo Imperio con los cultivadores y artesanos.

Este despotismo era tanto más fácil, cuanto que el pueblo egipcio se distinguió siempre por su carácter *suave, indolente y dócil como un niño*. No había más de educación y de gobierno que la vara. Este es el secreto, según *Máximo du Camp*, de esas colosales construcciones, cuyas ruinas asombran á los mo-

dernos visitantes. Ahora bien, como los antiguos no disponían de los medios de construcción de que disponen los hombres actualmente, claro es que sólo un régimen opresivo y despótico pudo hacer que el pueblo realizara esos trabajos ciclópeos.

Los egipcios no constituían un pueblo de marinos, ni una nación militar. Sin embargo, en tiempo de los reyes de la última dinastía, *Psamético* y *Nekao*, [656 á 526 antes de J. C.], poseyeron marina; y se dice que este último emprendió la obra del *Canal de Suez*, que al siglo XIX tocaba realizar. Los ejércitos fueron siempre muy medianos. El único rey conquistador fué *Ramsés* ó *Sesostris*, que llevó sus armas victoriosas por varios países de Asia y relató sus hazañas en el obelisco de *Luxor* que hoy adorna la plaza de «La Concordia» en París. Pero, en general, el Egipto fué un país pacífico, que no pudo resistir á los conquistadores: á los persas [en 526 a. de J. C.], á los griegos [en 332], y á los romanos en el año de 30. Ya para entonces no existía la antigua civilización, que se extinguió lentamente durante la dominación griega.

III.—Religión de los Egipcios.



Como todos los pueblos antiguos, los egipcios eran muy religiosos. Al principio, durante las primeras dinastías, [las cuales residieron en *Menfis*.] la religión fué muy sencilla. Creían en un *dios=sol*, creador y bienhechor. «que existe desde el principio, y que todo lo sabe.» Este dios tiene una mujer y un hijo, divinos como aquél. Siempre adoraron esta *trinidad*, aunque con diferentes nombres: *Pha*, *Seket*, é *Imuthés*; *Osiris*, *Isis* y *Horo*; *Amón*, *Muth* y *Chons*. Todas sus primitivas leyendas religiosas se refieren á ellos. «*Osiris*, [el sol], fué muerto por *Set*, dios de la noche; *Isis*, su mujer [la luna], lo llora y le da sepultura; *Horo*, su hijo [el sol naciente], lo venga, destruyendo las tinieblas de la noche.» *Ammón-Ra*, divinidad del culto más complicado de *Tebas*, es representado atravesando diariamente el cielo en la

barca del tiempo; el dios, armado, se mantiene en la proa; sus enemigos huyen espantados».

Algún tiempo después, los egipcios comenzaron á representar á sus dioses bajo diversas formas: primero en la más natural, que es la humana; luego, en la de un animal. *Phta*, por ejemplo, se encarna en el *escarabajo*; *Osiris* en el *buey*, y *Horo* en el *gavilán*. Y para mayor refinamiento, idearon en seguida unir las dos formas: la humana y la irracional, con lo que constituyeron una de las mayores aberraciones á que han llegado los hombres en materia de religión. Así, á *Horo*, por ejemplo lo representaban bajo cuatro formas; la de hombre, de gavilán, de hombre con cabeza de gavilán, ó de gavilán con cabeza de hombre. Lo mismo lo hicieron con las demás divinidades, hasta que llegaron á confundir el signo con la cosa significada, é hicieron dioses de los animales, convirtiéndolos en objeto sagrado del culto. El más venerado era el buey, que representaba á *Osiris*: los sacerdotes lo cuidaban y mantenían en un templo; al morir lo embalsamaban, depositándolo luego en un sepulcro. El *Serapeum*, recientemente descubierto por Mariette, es el monumento gigantesco, formado por las tumbas del buey *Apis*, de los bueyes convertidos en divinidades por la superstición de los antiguos egipcios.

Los egipcios también veneraban á los muertos; pero, como en la religión y el culto en general, variaron las creencias respecto del destino del hombre en la vida futura. Primero creyeron que el hombre tenía un *sustituto*, un *segundo*, que continuaba viviendo en la tumba donde fué depositado el cadáver. Cada tumba es, así, un aposento, con mobiliario, comestibles, estatuas, pinturas y manuscritos. He aquí, según Lenormand, la inscripción grabada en las tumbas del antiguo imperio: «Rogamos á *Osiris* conceda alimentos, vestidos y perfumes, provisiones de todas las cosas buenas y puras de que se sirve el dios, al *Ka*, [el segundo], del difunto N.» Más adelante, los egipcios supusieron que el alma abandona el cadáver, y que va á encontrar á *Osiris* debajo de la tierra. Allí el dios la sujeta á un juicio riguroso, ante un jurado compuesto de 42 jueces; pesa sus acciones en la balanza de la verdad, y si resulta *perversa*, la condena á la tortura durante siglos, después de los cuales es aniquilada; si, por el contrario, es *bueno*, el alma camina á través de los espacios,

hasta que acaba por confundirse con los dioses. La costumbre de conservar los cadáveres se deriva precisamente de esta creencia, pues que durante la prolongada peregrinación, en la que era sometida á diversas pruebas, podía el alma desear de nuevo animar el cuerpo. Por esto llenaban el cadáver de aromas, le daban un baño de salitre, lo envolvían en telas y lo depositaban en un ataúd de madera ó de yeso.

La moral derivada de la religión egipcia está contenida en el libro ó *manuscrito de los muertos*, que los deudos depositaban con el cadáver en la tumba. Véanse los principales preceptos: «No engañar á nadie; no quebrantar las leyes y costumbres; no estar ocioso; respetar y honrar los muertos, los animales sagrados y los objetos del culto; ofrecer á los dioses sacrificios, practicar las ceremonias, en suma: ser sincero, honrado y benéfico».

IV.—Artes Industriales y Bellas.

POR las pinturas, los muebles, las telas, las estatuas y los manuscritos, se puede afirmar que los egipcios fueron los primeros que practicaron las artes necesarias á un pueblo civilizado. En efecto, las pinturas que se encuentran en las tumbas de reyes ó grandes señores, muestran á los hombres trabajando la tierra, sembrando, recogiendo el cereal; rebaños de animales domésticos: bueyes, carneros, parvadas de patos y gansos; grupos de personas suntuosamente vestidas, procesiones y fiestas. Hay objetos bien trabajados, de oro, plata y bronce: joyas y armas; artefactos de vidrio, loza y esmalte; en fin, telas de lino, lana, telas transparentes y bordadas de oro. Ahora bien, estas tumbas pertenecen á tiempos muy antiguos, mucho anteriores á la conquista persa (siglo VI a. de J. C.); puesto que ya para entonces, aquella civilización estaba en plena decadencia. Se necesita remontarse á la salida de los hebreos en 1,656 a. de J. C., ó mejor á la llegada de los esplendores de un Imperio magnífico que tenía para esta época más de mil años.

Los egipcios fueron los primeros que construyeron

magníficos monumentos arquitectónicos en el mundo, monumentos gigantescos que parecen eternos. Aun se mantienen en pie las *pirámides*, testigos mudos de una civilización que existía hace más de 5,000 años: sepulcros que los orgullosos monarcas mandaron construir para perpetuar su poderío y grandeza. Miles de pirámides más pequeñas dispuestas en filas, y miles de sepulcros abiertos en las rocas, forman la vasta y suntuosa ciudad de los muertos (necrópolis), de modo que aquel país es un inmenso sepulcro.... El carácter colosal de esta arquitectura se muestra también en los palacios y en los *templos*. Muestras inequívocas de ello son en las ruínas de *Tebas* los aposentos y la enorme sala *hipóstila* de 102 metros de largo por 53 de ancho, sostenidos sus techos por 134 columnas, 12 de ellas de 20 metros de alto. Los templos se componen de un santuario en que reside el dios, y de una vasta reunión de edificios, patios y jardines, en que vivían los sacerdotes y en que depositaban sus joyas, utensilios y ropas. Todo rodeado de una muralla. Delante del monumento hay una puerta de *planos inclinados*, llamada *pilono*; á los lados, dos agujas de piedra con la punta dorada, los *obeliscos*, ó dos colosos que representan un gigante sentado. Una extensa calzada, con *esfinges* de piedra en dos filas, conduce á la puerta del templo. «Todo es en esta arquitectura corto, robusto y ancho; todo es pesado é indestructible».

Los escultores comenzaron por esculpir montañas: tal es la *esfinge*, que se halla junto á la base de la gran pirámide, la de *Kéops*. Afecta toscamente la forma humana en la cabeza y el busto, estando el resto hundido en la arena. Pero la verdadera escultura nació al lado del templo. Las primeras estatuas eran muy sencillas: «admirables,» dice un autor, «llenas de vida y de verdad.» Se conservan algunas de éstas, como el *escriva sentado* del *Museo del Louvre*. Mas, ahogado el sentimiento artístico y restringida la libertad del escultor, poco á poco fueron perdiendo sus obras la inspiración y la gracia, convirtiéndose en amaneradas y frías. Todas las estatuas, á partir de entonces, tienen las piernas paralelas, los pies juntos, los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro inmóvil. Esto parecía más propio y noble á la religión; pero se había dejado de imitar la naturaleza, y el arte perdió sus cualidades esenciales: la belleza y la verdad.

Cuanto á la *pintura*, puede decirse que no existía entre los egipcios. Es verdad que sabían preparar colores muy firmes y vivos, pues que se conservan aún después de 5,000 años; pero desconocían la perspectiva, las sombras y los tonos, sin lo que el *arte pictórico* no puede ser. Así es que daban un colorido uniforme á las figuras situadas en un mismo plano. La *literatura*, aunque abundante, ha tenido poca influencia, á causa de estar escrita en idioma desconocido, y en jeroglíficos casi indecifrables. La mayor parte consta de himnos ó cánticos religiosos, oraciones, preceptos morales, y poemas heroicos ó relatos de viaje. En esta misma literatura están comprendidos sus escasos conocimientos en *medicina* y sus nociones prácticas de *geografía*, *geometría* y *mecánica*.

CAPITULO II. CALDEA Y ASIRIA.

I.—Origen de la civilización Asirio-Caldaica.

EN la llanura interceptada por el *Tigris* y el *Eufrates* se unieron, desde tiempos muy remotos, razas diversas de distintos orígenes: *Chamitas* procedentes del *Egipto*; *Turanios* del centro del Asia, y *Semitas* ó *siro-árabes*, que bajaron de las montañas de Armenia. Como ocupaban una fértil llanura, y eran de tiempo atrás cultivadores, pronto se civilizaron. Poco se sabe de este primitivo Imperio. Las escavaciones hechas en estos últimos años han permitido descubrir grandes ruínas, que acusan una civilización floreciente en tiempos remotísimos; pero las inscripciones son escasas, y no han sido bastantes estos documentos para constituir la historia de *Caldea*. Los asirios, que habitaban al oriente del *Tigris*, formaron un Imperio belicoso y potente, (siglo XIII a. de J. C.) que en breve tiempo se apoderó de la *Caldea* y demás reinos limítrofes.

Sobre la fundación de *Nínive*, y sobre las hazañas de sus monarcas, solo se sabían leyendas y relatos fabulosos. *Diódoro* de *Sicilia* cuenta minuciosamente las consejas relativas á *Nino* y *Semíramis*. El primero fundó á *Nínive*; la segunda conquistó el Asia, sometió el Egipto y transformada en paloma voló al cielo. En este lamentable estado se hallaban los estudios históricos relativos al *Imperio asirio*, cuando *Mr. Botta*, cónsul de Francia en *Mosul*, descubrió los escombros de un inmenso palacio, formando una colina ó montículo cubierto de arena. Fué posible contemplar los toros de piedra con rostro humano coronado, y con alas desplegadas en el cuerpo; las paredes cubiertas de bajo-relieves, de estatuas é inscripciones. Las ruinas se extienden por 43 kilómetros de circuito, en forma de cuadrilátero.

Lo más importante de este descubrimiento arqueológico ha sido la revelación de una nueva forma de escritura en que cada letra está constituida por una reunión de signos *cuneiformes*, semejantes á un punzón ó cuña. Las grababan en arcilla blanda, que luego endurecían al calor. Los sabios han puesto singular empeño en descifrar la extraña escritura, y ya para hoy han logrado tener datos ciertos acerca de la primitiva historia de Asiria. Las dificultades han sido mayores aquí que en los jeroglíficos egipcios: porque los signos son á la vez *simbólicos* y *silábicos*, esto es, significan, ó una palabra ó una sílaba; porque hay muchos parecidos, y porque uno mismo puede expresar sílabas y palabras diferentes. A pesar de estas dificultades, los arqueólogos y lingüistas comparan las inscripciones con las de los idiomas *medo* y *persa*, ya conocidos, y de este modo han logrado constituir la verdadera historia del *Imperio asirio*.

II.—Organización política y social.

COMO todos los pueblos orientales, entre los *asirios* el rey era el representante de un poder, de que apenas podemos formar idea en la actualidad. Todos sus súbditos le deben completa obediencia y ciego acatamiento: los reúne á su capricho, y los lanza contra los pueblos y los imperios que el orgulloso monarca

quiere sujetar ó destruir. Esta es la razón de esas expediciones sangrientas y crueles, que los reyes relatan luego con marcada complacencia, como si gustasen del incendio, del pillaje y la matanza. Lo cierto es que así parece ser todo este pueblo, guerrero y feroz por excelencia. Los bajo-relieves los representan siempre á caballo, armados con el arco y la lanza: los de *Nínive* son verdaderos boletines de campaña en que *Azurnazir*, *Teglatfalazar*, *Azurbanipal* y *Senaquerib*, narran las devastaciones, incendios, suplicios y matanzas, de que se jactan. Véase uno de estos boletines: «Pasé como un huracán devastador.» dice *Senaquerib*, (siglo VII a. de J. C.), «los arneses y las armas nadaban en la sangre de los enemigos. Amontoné á modo de trofeos los cadáveres de los enemigos, y mutilé y corté las manos á los prisioneros.»

Este régimen acabó por cansar á los pueblos sometidos; estos se rebelan sin cesar, hasta que por fin los crueles dominadores agotan sus fuerzas, y los babilonios unidos á los *medas*, destruyen á *Nínive* (625 a. de J. C.). «*Nínive*, el antro de los leones, la ciudad sanguinaria, llena de rapiña, ha perecido.» dice el profeta. «¿quién podrá sentir compasión por ella?...»

Sobre el aniquilado *Imperio asirio* se levantó el *babilonio* en el país de la vieja *Caldea* ó *Mesopotamia*, con *Babilonia* por capital, á orillas del *Eufrates*. Su período fué corto, (de 625 á 538), pero brillante. En 87 años sometió á *Susa*, *Siria* y *Judea*. El más poderoso de sus reyes, *Nabucodonosor*, destruyó á *Jerusalén* y llevó cautivos á los israelitas. Ya los profetas lo habían anunciado con estas palabras puestas en boca del Eterno: «Voy á exaltar á los caldeos, nación cruel y móvil, que recorre los países para apoderarse de las moradas de sus habitantes. Sus caballos son más ligeros que leopardos, y sus ginetes volarán como el águila que cae sobre su presa.» Reconstruyó á *Babilonia*, é hizo de ella la ciudad de las maravillas. (1) Elevó á un lado de su

(1) Herodoto, que la visitó en el siglo V., la describe minuciosamente. «Estaba rodeada,» dice, «por un recinto cuadrado, que el *Eufrates* dividía en dos partes; las murallas presentaban grueso suficiente para que pudiera andar por ellas un carro; tenía, además, muchas torres y cien puertas de bronce. Al rededor había un foso profundo, siempre lleno de agua. Las calles se cruzaban en ángulo recto, y las casas tenían 3 ó 4 pisos. Los famosos *jardines suspendidos*, eran alamedas plantadas de árboles, sostenidas por columnas, y superpuestas por pisos.

capital el templo de las siete esferas del mundo, dedicado á los siete planetas; estaban las torres pintadas del color que la religión atribufa á cada uno de aquéllos. Hoy los arqueólogos apenas pueden encontrar el emplazamiento de aquella ciudad colosal, que no ha dejado más vestigios que enormes montones de tierra y de escombros, que simulan colinas naturales.

Poco sabemos de la organización social y de la vida íntima de este pueblo, sino es por relaciones incompletas de Herodoto. La principal clase social era la de los guerreros, sobre todo entre los asirios; mientras que en los caldeos, la de los sacerdotes. La mujer era esclava, y según cuenta el ilustre griego «vendían á las bonitas para dotar con el producto de esta venta á las mujeres feas.» Eso le parece digno de alabanza al gran historiador. El sistema de regadío y los medios de cultivo alcanzaron gran perfección entre los caldeos, que vivían en la feraz y rica llanura de la Mesopotamia.

III.—Religión.

LA religión *asirio-caldaica* parece ser el producto de una mezcla de creencias distintas, pertenecientes á cada una de las razas que formaron por su fusión aquel vasto imperio. Los sacerdotes caldeos, que fueron siempre muy apreciados por su ciencia, lograron constituir un cuerpo único de doctrina. El dios supremo que adoraron, llamado *Ilú* en Babilonia y *Azur* en Nínive, no tenía templos. De él proceden tres: *Anú, Bel* y *Nuah*. Los representaban bajo formas diferentes: *Anú*, señor de las tinieblas, bajo la forma de un hombre con cola de águila y cabeza de pescado; *Bel*, como un rey en su trono, pues que es «soberano de los espíritus,» y *Nuah*, «señor de la materia,» bajo la forma de un genio provisto de cuatro alas desplegadas. Por bajo de esta trinidad, los caldeos adoran al Sol, á la Luna y á cinco planetas: Mercurio, Marte, Venus, Júpiter y Saturno; pues en el «cielo transparente de Caldea los astros brillan como divinidades.» De este culto nació la *astrología*,

Los sacerdotes creían que los astros son dioses que ejercen una acción poderosa y decisiva en la vida de los hombres; que todo el que nace viene al mundo bajo la influencia de un planeta, y que este momento decide de su destino: este es el *horóscopo*. Además, lo que pasa en el cielo es signo de lo que sucede en la tierra; un cometa es señal de una catástrofe. Estudiar los astros y sus movimientos fué al principio una superstición, para convertirse con el tiempo en una ciencia: la *astrología* dió origen á la *astronomía*.

Otra superstición que estaba destinada á dar la vuelta al mundo, aunque sin la compensación que trajo consigo la anterior, fué la llamada comunmente *hechicería*: error grosero que consiste en suponer que con ciertas palabras, (palabras mágicas), se puede evocar ó alejar á los espíritus malignos; superstición que estaba destinada á propagarse por todo el *Oriente, Grecia, Roma* y las naciones modernas, y que aún persiste entre la gente ignorante.

IV.—Artes y Ciencias.

LOS palacios y los templos construídos por los caldeos se han desplomado sin dejar huellas de su arquitectura. La razón de esto es el material de construcción que empleaban, muy deleznable, puesto que la llanura del Eufrates no da otro. Así, las maravillas de Babilonia han venido al suelo, sin respetar las inscripciones. Pero en Asiria se han conservado restos de palacios y de templos, de donde se extraen diariamente los toros con el rostro humano y alas desplegadas, bajo-relieves é inscripciones en ladrillo. Las salas de los palacios asirios eran bajas y estrechas, con azoteas cubiertas de almenas. Los artesonados de maderas olorosas, las paredes con placas de alabastro esculpidas, y los muebles con suntuosas incrustaciones, debían formar en la morada de los reyes y señores un conjunto armonioso.

Las estatuas que se han encontrado en las ruínas de Babilonia y Nínive son escasas y toscas; los monstruos coronados de figura de toro y rostro humano, presentan en éste cierta belleza expresiva, que acusa propiedad y

conciencia en la ejecución. Lo mejor en escultura son los bajo-relieves: verdaderos cuadros en que se encuentran dibujadas muy varias escenas: batallas, cacerías y ceremonias, todo con tal abundancia y propiedad en los detalles, con tal belleza y verdad, y con tal armonía en el conjunto, que pueden servir de modelos. Los griegos se inspiraron en ellos, y aunque superaron á los asirios en la representación del cuerpo humano, en la de animales no tiene rival el arte asirio-caldeo.

A este pueblo orgulloso y cruel debe la ciencia sus primeros progresos. Los sacerdotes caldeos á fuerza de observar los astros, llegaron á fijar algunos hechos elementales, de que nació después la astronomía. Determinaron el camino del *Sol* y fijaron el *Zodiaco*; la semana de los siete días, en honra de los siete planetas; la división del año en doce meses, del día en veinticuatro horas, de la hora en sesenta minutos, y del minuto en sesenta segundos; crearon, en fin, el sistema de pesas y medidas que adoptaron todos los pueblos de la antigüedad.

CAPITULO III.

LOS JUDIOS.

I.—Origen de la civilización Judaica.

CUANDO los pueblos *semíticos* descendieron de las montañas de *Armenia* á las llanuras del *Eufrates*, una de sus tribus llegó hasta el país del *Jordán*. Esta tribu llamada de los *hebreos* (de más allá del río), llevaba la vida de pastores errantes, viviendo en tiendas y vagando de un punto á otro con sus ganados de bueyes, carneros y caballos, según lo hacen todavía los árabes del desierto. La tribu formaba una gran familia, compuesta del *jefe*, sus mujeres, hijos y servidores. El *jefe* era, á la vez, padre, sacerdote, juez y rey; ha recibido el nombre tradicional de *patriarca*.

La Biblia (el libro), (1), representa á los patriarcas *Abraham* y *Jacob*, como destinados por Dios para formar con sus descendientes un pueblo elegido entre todos los pueblos de la tierra: Abraham celebra alianza con Dios y promete obedecerle; *Jacob* recibe del Eterno la promesa de que será origen de un gran pueblo: «Tu posteridad,» le dice, «será más numerosa que las estrellas del cielo y las arenas del mar.» El mismo libro refiere que Jacob, (llamado también *Israel*, el fuerte), acosado por el hambre, fué á Egipto, donde residía José, uno de sus hijos, vendido por sus hermanos á unos mercaderes (2). José llegó en poco tiempo, á causa de su saber y sus virtudes, á ser «Ministro del *Faraón*» La prole de Jacob creció tanto, que de setenta pronto se convirtieron en 600,000 en estado de llevar las armas.

El rey de Egipto oprimía mucho á estos extranjeros; entonces Moisés (3) recibió de Dios la misión de librarlos. Un día que guardaba éste su rebaño, se apareció un ángel en medio de una zarza ardiente, (cuenta la Biblia,) y oyó Moisés estas palabras: «Soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob: he visto la aflicción de mi pueblo, he oído sus voces contra los que lo oprimen, y he sabido sus sufrimientos. Así es que he venido para librarlos de las manos de sus opresores, para llevarlos al país en que manan la leche y la miel, á la región de los cananeos. Tú sacarás de Egipto á los hijos de Israel, mi pueblo.» Moisés cumplió en medio de prodigios el mandato de Dios (1,625). En el monte *Sinai* recibió la Ley (el Decálogo), y durante cuarenta años vagó con el pueblo en el desierto. Varias veces quisieron los hebreos volver al rico país de donde habían salido; pero Moisés los mantuvo sumisos, hasta que lle-

(1) Todo lo que se sabe de los judíos está contenido en la Biblia. Consta del *Génesis*, el *Exodo*, los Jueces, Samuel, los Reyes, las Crónicas, Esdras, Nehemías, y los Macabeos. Los cristianos le añadieron los Evangelios, las Actas de los Apóstoles, las Epístolas, y la Apocalipsis.

(2) Jacob, hijo de Isaac y nieto de Abraham, tuvo doce hijos: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín. De aquí las doce tribus de Israel.

(3) Un *Faraón* ordenó el suplicio de los hijos nacidos de hebreos; una madre expuso el suyo en un remanso del Nilo, entre unas cañas. La hija del rey, que fué á bañarse, lo encontró, lo recogió y le llamó Moisés, (salvado de las aguas.)

garon á *Palestina*. El libro de la Biblia que relata esta gran peregrinación es el *Exodo*, que significa *destierro ó salida*.

Al establecerse, los israelitas formaban doce tribus: diez de Jacob, y dos descendientes de José; y eran 601,000 hombres, sin contar los sacerdotes ó *levitas*, que ascendían á 23,000. Pero antes de tratar de su organización política y social, veamos la religión, que hizo de una tribu oscura uno de los pueblos que han ejercido mayor influencia en la humanidad.

II.—Religión.



Lo que distingue á este pueblo de todos los demás pueblos de la antigüedad, es la creencia en un solo Dios, Inmaterial y Creador. «En el principio,» dice el Génesis, «creó Dios el cielo y la tierra, las plantas y los animales, y formó el hombre á imagen y semejanza suyas.» Todos los hombres son la obra de Dios; pero los elegidos entre todos, son los «hijos de Israel,» su pueblo. Al patriarca Abraham, á Jacob, á Moisés, les dice: «Soy el Eterno, el Dios de tus hijos, un Dios fuerte y celoso.» *Jehová* ama y protege á esa raza, su joya más estimada entre todas, y le ofrece hacerla feliz; ella en cambio, le promete adorarlo y servirle como á Legislador, Juez y Dueño.

La ley que el Eterno dictó á Moisés en el monte *Sinai* constituye un Código moral, que añadido á las órdenes divinas contenidas en los cinco primeros libros de la Biblia, (el Pentateuco), completa la organización política y social del pueblo hebreo. Los preceptos del Decálogo se dividen en positivos y negativos: los primeros prescriben lo que debe hacerse como «amar á Dios, respetar á nuestros padres, santificar las fiestas;» los segundos, indican lo que no debe hacerse, y condenan «el homicidio, el adulterio, el robo, la murmuración y la codicia.» Dios, como Señor y dueño de los israelitas, les prescribe las fiestas, (el Sábado, la Pascua, la de las mieses, y la de los Tabernáculos ó de las vendimias); organiza el matrimonio, la familia, la propie-

dad y el gobierno; enuncia los crímenes y penas, y hasta los alimentos y medicinas. Ningún pueblo fué más adelante en la organización social.

III.—Régimen político.



TAN pronto como se establecieron los hebreos en *Palestina*, olvidaron las enseñanzas del Señor, adoraron los ídolos de los pueblos vecinos, y formaron una República federativa, en que las tribus se gobernaban casi independientemente. Entonces «la ira del Señor se encendía en contra de ellos» y los abandonaba en manos de sus enemigos; pero cuando se arrepentían y se humillaban, les enviaba guerreros valientes y virtuosos, como *Gedeón*, *Jefté* y *Samsón* (1), que acudían en medio de prodigios á libertarlos de los *Madianitas* y *Filisteos*, sus más encarnizados enemigos.

Cansados al fin los israelitas, ó incapaces de gobernarse por medio de una federación de tribus, pidieron un rey al sumo sacerdote *Samuel*, quien designó á *Saúl*. (1,096). El soberano debía ser un instrumento, un dócil servidor de la voluntad de *Jehová*. *Saúl* se mostró indigno del trono, desobedeciendo la ley del Señor; entonces el sumo sacerdote lo depuso, y ungió secretamente con el óleo santo al pastor *David*. (1 056). Este fué el rey más poderoso de Israel; extendió el reino hasta el mar *Rojo*, tomó á sus enemigos la montaña de *Sión*, y edificó en ella á *Jerusalén*, que llegó á ser la ciudad santa de los hebreos, y que hoy aún, lo es de los cristianos.

El hijo y sucesor de *David*, *Salomón* (1,016 á 976), gobernó pacíficamente, edificó el templo, contrajo alianza con los reyes vecinos y adquirió fama de sabio y justiciero; pero sus esplendores fueron los últimos que pidió la monarquía; á su muerte el reino se dividió en dos: diez tribus formaron el reino de *Israel*, en que fueron adorados los becerros de oro y los dioses fenicios, y solo dos permanecieron fieles á *Jehová* y al rey de *Je-*

(1) Los Jueces son más símbolos que personajes históricos: *Gedeón*, de la astucia y del valor; *Jefté*, de la consagración á una causa; *Samsón*, de la fuerza física y del candor.

rusalén. Ambos reinos, el de Jerusalén y el de Israel, se hicieron cruda guerra, hasta que el primero, con su capital *Samaria*, fué destruído por *Sargón*, rey de Asiria (722), El de *Judea*, con *Jerusalén* por centro, se conservó por algún tiempo, cayendo luego en poder de *Nabucodonosor*, rey de Caldea. (586).

Todas estas desgracias y catástrofes fueron anunciadas por los profetas, (los videntes), y vistas por ellos como castigos impuestos por Dios á las infidelidades de su pueblo. Estos hombres de vida ejemplar, después de haber ayunado, orando y meditando en el desierto, se presentaban en nombre del *Señor*, ante los reyes y el pueblo, aconsejándoles que se arrepintieran, que derribaran los ídolos y que volvieran á *Jehová*. Así, *Isaías*, el más profundo y sublime de estos profetas, exclamaba: «¿Por qué degollar bueyes y quemar incienso en honor de Dios, como los idólatras? . . . » Oíd la palabra del *Eterno*: No encuentro gusto ninguno á la sangre de los animales que sacrificáis; vuestro incienso me da asco . . . Cuando extendáis las manos, me cubriré los ojos para no verlas, pues que están llenas de sangre. Límpiaos: dejad de obrar mal, aprended á hacer el bien; proteged á los oprimidos, amparad á los huérfanos . . . y entonces, aunque vuestros pecados sean tan rojos como el carmesí, quedaréis blancos como la nieve » Los profetas, como se ve, trataban de sustituir el culto por la moral.

Los profetas enseñaban también al pueblo hebreo á tener paciencia, y á esperar la venida de *Aquél*, que debía libertarlos: así prepararon los caminos al *Mesías*. «No temas al asirio,» decía el profeta, «no temas al asirio que te castiga con su vara, como el egipcio en otro tiempo; pronto se extinguirá mi ira, y la carga caerá de tus espaldas.» Cuando los hijos de *Judá* fueron llevados cautivos á las llanuras del *Eufrates*, *Jeremías* prorrumpió en sus inmortales lamentaciones, sobre las humeantes ruínas de su patria (1); y ellos, cautivos, no la olvidaban en sus cánticos: «Sentados á orillas del río de *Babilonia*, hemos llorado pensando en *Sión* Nuestras harpas están suspendidas de los sauces en la ribera ¿Cómo hemos de entonar nuestros

(1) El canto de Jeremías es una tiernísima elegía: ¡Cómo ha quedado solitaria la ciudad antes tan populosa! Desamparada, inconsolable llora toda la noche; todos sus amigos se han convertido en enemigos suyos!

cánticos al *Señor* en tierra extraña? Si me olvidase yo de tí, oh Jerusalén, entregada sea al olvido mi mano diestra; pegada quede al paladar la lengua mía, si no me propusiere á Jerusalén por el primer objeto de mi alegría.»

Después de setenta años de cautiverio, *Ciro*, vencedor de Babilonia, permitió á los Judíos que volvieran á Jerusalén. Al llegar, reconstruyeron el templo y la ciudad, restauraron las fiestas y renovaron su alianza con *Jehová*. (536 a. de J. C.). A partir de entonces, el pequeño reino de Jerusalén pudo conservarse, pagando tributo á los persas, griegos y romanos; practicaba escrupulosamente la *ley de Moisés*, celebrando fiestas, ceremonias y sacrificios prescritos en ella. El sumo sacerdote y un consejo la conservaban; los escribas la copiaban; los doctores la explicaban al pueblo, y los fieles debían observarla, distinguiéndose por su celo los *fari-seos*. Los judíos esparcidos por Siria, el Asia menor é Italia, se reunían para conservar su religión: no edificaban templos, porque solo debía existir uno; pero leían y comentaban la palabra de Dios en sus *Sinagogas* ó asambleas.

El que los judíos esperaban como su libertador y rey, el *Mesías*, apareció en aquel tiempo en el seno de una pobre familia de carpinteros, en *Galilea*. Se llamaba *Jesús*; sus discípulos griegos le llamaron *Cristo*, el ungi-do, el consagrado por el óleo santo. Los sacerdotes de la *Ley* antigua no quisieron reconocerlo; lo creyeron un impostor y lo crucificaron. Los destinos del *cristianismo* fueron distintos de los de la religión mosaica: aquél se extendió por el mundo con la civilización más avanzada; ésta, quedó confinada á la nación judía. El año de 70 después de *Jesucristo*, Jerusalén y el Templo fueron arrasados por los romanos; los judíos, dispersos por todas partes, conservaron la *Ley* de Moisés por medio de los *rabinos*, sabios en la antigua lengua y ceremonias del culto. La iglesia cristiana persiguió á los judíos desde el siglo IV; hoy todavía son vistos con animadversión, si bien se les permite practicar su culto en todas partes, y dedicarse al comercio. Los más celosos, esperan aún al *Mesías*.

NO queda nada de la antigua *Jerusalón*; pero es probable que ni esta ciudad, ni ciudad alguna de Judea, pudiera compararse con Babilonia ó Tebas. El pueblo hebreo, fuerte moralmente, fué siempre escaso y débil: su número no excedió nunca de cuatro á cinco millones; su poder no traspuso las montañas del *Líbano*. El palacio de *Salomón* y el Templo; tales fueron las únicas maravillas de que se ufanaban los hebreos. Parece que uno y otro (palacio y templo), fueron construídos por artistas fenicios, que, por lo menos, dieron los ricos materiales de que estaban hechos. Según el libro de los Reyes, era notable por su riqueza el trono de marfil, formado por seis escalones, con dos leones cada uno. El templo, edificado también en tiempo de *Salomón*, se componía de tres partes: en el fondo, el *Sancta Santorum*, (Santo de los Santos) en donde se encontraba el *Arca de la Alianza*, y donde solo el sumo sacerdote tenía derecho á penetrar, una vez al año; en el centro estaba el *Lugar santo*, con el altar de los aromas, el candelero de los siete brazos y la mesa de los panes; delante, se encontraba el *Atrio*, abierto al pueblo, y en el que se sacrificaban las víctimas de animales.

No hay que hablar de escultura en un pueblo cuyas leyes prohibían la representación de seres superiores; y lo cierto es que toda su industria y sus artes, pertenecían á los fenicios. En cambio, en literatura, la Biblia es el monumento más bello y venerable que dejó la antigüedad.

LOS FENICIOS.

I.—Orígen de los Fenicios.

POR el mismo tiempo en que los *hebreos* se establecían en el valle del *Jordán*, otras tribus de la raza semítica ocupaban la costa, desde el mar de *Siria* hasta las montañas del *Líbano*. No quedan ruínas, monumentos ni libros de ese pueblo; pero los hebreos y griegos que mantuvieron con él estrechas relaciones, nos han transmitido numerosos detalles de su vida pública, su religión, sus artes, su industria y su comercio. Este pueblo fué el que estableció el lazo de unión entre el Oriente y Occidente, y el que enseñó, en fin, á escribir al mundo.

Ya para el siglo XIII antes de Jesucristo, se elevaban en los islotes de la costa la opulenta *Tiro*, y la ciudad de *Arad*, y en el continente, *Gebel*, *Berite* y *Sidón*. Tan estrecho terreno no pudo contener á tan laboriosos y activos habitantes, y se lanzaron en barcas construídas con los cedros del *Líbano* hasta el extremo del *Mediterráneo*, fundando colonias en las islas y á lo largo de las costas; una de estas colonias, *Cartago*, llegó con el tiempo á tener mayor importancia y poderío que la madre patria y disputó al pueblo rey el dominio del mundo. Según la leyenda, unos tirios expulsados en el siglo IX por una revolución, llegaron á la costa de Africa conducidos por la reina *Elisar* ó *Dido* (la fugitiva); los naturales no quisieron venderle más terreno que el ocupado por una piel de buey; entonces, la hizo tiras muy delgadas, abarcando así gran extensión de tierra, en que pudo edificar la ciudad que llegó á ser temida rival de Roma.

II.—Organización política y social.

LOS fenicios no constituyeron un imperio: cada ciudad tenía su rey, y su asamblea. Sin embargo, la ciudad de *Tiro* era como el centro de una confe-